

Sentido cultural y personal de la enfermedad según Thomas Mann
Cultural and personal sense of the disease according to Thomas Mann
Sentido cultural e pessoal da doença segundo Thomas Mann

Claudio César Calabrese¹, Ethel Junco²

¹Doctor en Letras, Doctor en Filosofía, Profesor investigador del Departamento de Humanidades, Universidad Panamericana, Aguascalientes, México. Correo electrónico: ccalabrese@up.edu.mx

²Doctora en Letras, Doctora en Filosofía, Profesora investigadora del Departamento de Humanidades, Universidad Panamericana, Aguascalientes, México. Correo electrónico: ejunco@up.edu.mx

Cómo citar este artículo en edición digital: Calabrese, C.C. & Junco, E. (2019). Sentido cultural y personal de la enfermedad según Thomas Mann. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 23 (55). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2019.55.05>

Correspondencia: Universidad Panamericana. Escrivá de Balaguer N° 101. CP 20296. Aguascalientes, Ags., México.

Correo electrónico de contacto: ejunco@up.edu.mx



Recibido:22/7/2029

Aceptado:12/10/2019

ABSTRACT

The objective of this article is to present a notion of the concept of disease from a humanistic and non-scientific approach. Faced with a perspective of science based on experimentation and technology, we propose a deliberation that integrates the artistic-literary paradigm. A hermeneutic analysis is applied on the topic of the disease in Thomas Mann's narrative to describe its predominant functions. The result is the revision of the conventional relationships between culture, life and health, compared to the meaning proposed by the author. The reinterpretation of the possibilities of the disease is transferred from the physical expression to the metaphysical dimension. The conclusions propose the affinity of times between the present of the author and ours, as well as the integration of humanistic

knowledge and the use of the literary-imaginative resource for the therapy of the health professional.

Keywords: culture, disease, humanism, therapy, Thomas Mann.

RESUMEN

El objetivo de este artículo es presentar una noción del concepto de enfermedad desde un enfoque humanístico y no científico. Frente a una perspectiva de ciencia fundada en experimentación y tecnología, proponemos una deliberación que integre el paradigma artístico-literario. Se aplica un análisis hermenéutico sobre el tópic de la enfermedad en la narrativa de Thomas Mann para describir sus funciones predominantes. El resultado es la revisión de las relaciones convencionales entre cultura, vida y salud, frente al significado propuesto por

el autor. La reinterpretación de las posibilidades de la enfermedad se traslada de la expresión física a la dimensión metafísica. Las conclusiones proponen la afinidad de épocas entre el presente del autor y la nuestra, así como la integración de los saberes humanísticos y el uso del recurso literario-imaginativo para la terapia del profesional de la salud.

Palabras clave: cultura, enfermedad, humanismo, terapia, Thomas Mann.

RESUMIO

O objetivo deste artigo é apresentar uma noção do conceito de doença a partir de uma abordagem humanista e não científica. Diante de uma perspectiva da ciência baseada na experimentação e na tecnologia, propomos uma deliberação que integre o paradigma artístico-literário. Uma análise hermenêutica do tópico da doença é aplicada na narrativa de Thomas Mann para descrever suas funções predominantes. O resultado é a revisão das relações convencionais entre cultura, vida e saúde, em relação ao significado proposto pelo autor. A reinterpretación das possibilidades da doença é transferida da expressão física para a dimensão metafísica. As conclusões propõem a afinidade dos tempos entre o presente do autor e o nosso, bem como a integração do conhecimento humanístico e o uso do recurso literário-imaginativo para a terapia do profissional de saúde.

Palavras chave: cultura, doença, humanismo, terapia, Thomas Mann.

CONSIDERACIONES INICIALES

La cosmovisión dominante en la actualidad occidental considera que progreso y civilización están asociados a desarrollo tecnológico y crecimiento económico. El estatuto de las ciencias exactas y naturales con sus aplicaciones, prevalece en la estima a la hora de definir el presupuesto de los centros de investigación, en detrimento de los saberes humanísticos; esta apreciación se extiende al imaginario del hombre común, estableciendo

sus criterios de utilidad y esfuerzo, sus intereses y hasta sus predilecciones. Un sentido exacerbado de la practicidad y aplicabilidad de los estudios domina en universidades y empresas. Este paradigma hermenéutico suma al horizonte posmoderno la ausencia de una visión religiosa capaz de unificar la acción cultural; en consecuencia, parece que solo la racionalidad científica es capaz de marcar criterios y emitir certezas, mientras que los otros lenguajes carecen de rigor, abundan en subjetividad y producen meras opiniones.

Ante una perspectiva del conocimiento que parece potenciar exclusivamente las aplicaciones prácticas como modalidad de optimización, proponemos una lectura de reflexión integrada, en la cual la visión humanística constituya un pilar de deliberación necesario. Si, de suyo, esta visión integrada complementa y mejora las disciplinas en general, consideramos que especialmente las dependientes de las ciencias de la salud, espacio en que el sufrimiento, el desconsuelo, la resignación, la soledad, entre otros sentimientos capitales operan como detonantes de las preguntas últimas acerca del sentido. Los saberes humanísticos, integrando la religión, la filosofía, la literatura, constituyen un aporte que completa y resignifica el trabajo profesional específico (Siles-González, 2018, p. 10).

Ubicados en este modelo, presentamos el tratamiento narrativo que Thomas Mann realiza del tópico salud-enfermedad, como ejemplo destacado de un aporte filosófico-literario al problema de la cultura y de su incidencia sobre

Cultura de los Cuidados

el bienestar integral del hombre. La presentación no está dirigida a teóricos de la literatura, sino que aspira a introducir en la lectura del autor a público no especializado, con el fin de que se aprecie su propuesta; dentro de su estética integral, Mann establece una original reconsideración de los parámetros antagónicos salud-enfermedad y advierte acerca del futuro de una cultura que no tome conciencia de ello.

Desde el análisis de ejemplos de esta naturaleza, generados en la ficción, pero lógicamente aplicables a experiencias vitales concretas, se puede contar con una óptica complementaria acerca del fenómeno de la enfermedad, catalogable más allá del paradigma positivista. Observar la propia profesión desde ángulos disruptivos, como ofrecen las lecturas artísticas, puede potenciar un quehacer que no concluye con el suministro de la medicina y la aplicación de las técnicas.

El autor en circunstancia histórica

En el final del siglo XIX y principios del XX, período de severos cambios a nivel mundial, surgieron una suma de literatos europeos que reflejaron en su creación la crisis de los ideales propuestos por la filosofía contemporánea; a la luz de las consecuencias del modelo ilustrado e inmanentista, se abre un horizonte de desesperanza. Entre quienes lo denuncian está Thomas Mann (Lübeck, 1885-Zúrich, 1955) cuya narrativa testimonia en forma coherente y continua el precario estado de la moral oficial y su consecuente desencantamiento frente a la idea de

civilización, de Occidente, de Europa (Bayon, 2006, p.102). En tanto su obra constituye un cosmos expresivo, puede ser considerado el último escritor romántico, universal en el sentido goethiano y precursor a su vez de los grandes narradores de postguerra, como Günter Grass y Heinrich Böll (Bloom, 2009, p. 219).

La producción de Mann inicia en 1893 y continúa hasta su muerte. En ese transcurso y al son de las dos guerras mundiales, la república de Weimar, el ascenso y tragedia del nacionalsocialismo, la hegemonía de Estados Unidos, elabora un plan artístico que sostiene en cuentos, ensayos y novelas; entre sus *leitmotiv* destacan:

- la búsqueda de una voz alternativa contra el realismo positivista, por medio del recurso del mito;
- el viaje del protagonista en busca de sentido, a través de la ruptura de los límites convencionales de sujeto, espacio y tiempo;
- la duplicidad entre la dimensión apolínea y la dionisiaca de la existencia como vía de comprensión;
- la antítesis planteada por la filosofía romántica ente espíritu o vida, traducida por él en la antítesis cultura o civilización;
- el atrevimiento vital del hombre-artista y la defensa del discurso del arte contra el economicismo de hombre-burgués;
- la relación salud-enfermedad como paso de descenso y ascenso en el autodescubrimiento. Este, como tópico que nos ocupa, se verifica en toda su producción, ya sea en la narrativa breve como en las novelas de largo aliento; cada vez que la noción de “enfermedad” se integra a la

acción, produce una alteración del orden narrativo en función de su implícito sentido simbólico.

Entre las influencias que estructuran su obra, figuran de manera articulada: el platonismo como camino de la belleza sensible a la inteligible, el romanticismo alemán con Goethe como padre ejemplar y el pensamiento nihilista de Schopenhauer y Nietzsche, con ajustes y adecuaciones. Por esta influencia, Mann maneja un concepto de “belleza” arraigado desde la tradición órfico-pitagórica hasta la escuela neoplatónica, retomado por el Renacimiento y considerado por el Romanticismo como misión del poeta. La belleza sensible ofrece, a través de sus manifestaciones en las criaturas y en forma imperfecta, las huellas de un modelo supremo, armónico, equilibrado; está sostenida en un ideal trascendente que no pertenece al mundo material en donde se corporiza; su presencia es inductiva, despierta en el observador la nostalgia de poseerla de modo completo. La vía ascensional, iniciada en las criaturas, señala el camino de perfección del alma. Por ende, la experiencia de la belleza es un llamado que obliga a salir de la situación corriente y volver todas las energías hacia su consecución; es una senda que implica dolor y aprendizaje, siempre en correlación consciente.

En este acercamiento, nos detendremos solo en un tópico, a saber, la relación entre enfermedad, autoconocimiento y creación; el camino de la belleza y el sufrimiento operan como eje transversal al proceso.

METODOLOGÍA

Se ha empleado el análisis hermenéutico sobre el tópico de la enfermedad en la narrativa de Thomas Mann para describir sus funciones predominantes. Se han seguido también los principios para el análisis de las vivencias desde la perspectiva fenomenológica (Soto Núñez & Vargas Celis, 2017).

DESARROLLO DEL TEMA

Mediante el formato de novela de ideas, Mann presenta un personaje a simple vista común, un hijo de su época y, por ende, semejante a cualquiera, que comienza a sentir nostalgia de algo que no posee y a mostrarse en tensión hacia un objeto absoluto –más bello que, más verdadero que, mejor que todo lo que lo rodea y, por lo tanto, más deseable; para poseerlo, acepta su rebajamiento y ridiculización, su aislamiento e incompreensión. En el proceso sufre, crece y muere en el éxtasis.

Los protagonistas de Mann coinciden en el valor supremo de la belleza que, aunque oculta y difícil, los reclama. Dicha convicción les genera no solo insatisfacción con el entorno sino contradicción interna, al no poder conciliar el llamado del espíritu con las necesidades del mundo cotidiano. La contradicción se expresa en forma de enfermedad; bajo la excusa de la necesidad de cura, se acentúa la incomunicación y se da inicio a un proceso conversión. Naturalmente, la noción de enfermedad supone la dupla dolor-sufrimiento; distinguimos, a pesar del uso sinonímico, que

el dolor que se manifiesta a nivel físico es inferior al sufrimiento, que remite al nivel psíquico (Durán Quintana, 2017, II). En la ficción, el recurso es eficiente por su función simbólica. La conceptualización del cuadro clínico nunca pretende literalidad. Los enfermos de Mann no se curan por terapias usuales, sino por medios simbólicos; la tendencia y alcance de alguna forma de belleza, sutil y lateralizada de la vida de los hombres productivos, les traerá la modificación esencial y, acaso, una forma de trascendencia. Aunque, a primera vista, parecen ser víctimas de la belleza, su función última es la de ser sus testigos.

Principales presencias de la enfermedad

Los Buddenbrook, de 1901, primera novela y también impulsora del sitio que el autor ocupa en la literatura, trata de los preceptos del capitalismo industrial y la razón económica en el entramado anímico de una familia, como anticipación del fin de la modernidad (Sombart, 1993). Mann lo desarrolla a través de cuatro generaciones de una dinastía de valores luteranos, que halla el signo de la salvación sobrenatural en el éxito profesional; no obstante, el descendiente más joven, Hanno Buddenbrook, enfrenta el mandato familiar con el escándalo de una vocación artística, la cual atenta contra el absoluto ético de la disciplina profesional. El nuevo interés implica enfrentamiento, desvío y riesgo. Interrumpir la prescripción familiar y desear una vida creativa se traduce narrativamente en enfermedad, como si la vulnerabilidad física implicara culpa moral.

La falsedad del precepto burgués cae en paralelo al avance de la enfermedad. Thomas, el hermano mayor y responsable de la continuidad de la familia, sufre una infección de muelas, que primero lo desordena en su perfecta y atildada apariencia y luego lo lleva a la muerte. Su contracara, Christian, el hermano sin capacidad para el negocio, vive marginado por enfermedades nerviosas que confinan su acción; Hanno, el joven selecto, hijo de Thomas, pero también de Gerda -una madre artista, distante y sensible- sufre de dientes cariados y morirá de tifus luego de interpretar al piano composiciones enardecidas.

Muerte en Venecia (1912) se sitúa en el viaje descendente de las cimas de la civilización burguesa a los abismos de la interioridad, en los cuales el protagonista hallará sinceridad existencial. La dignidad externa de un profesor consagrado cede al paso de la transformación producida por la persecución de la belleza. Von Asenbach, es otro personaje trágico de Mann que no logra conciliar la ética impuesta por la cultura con la fuerza vital de su interioridad. Por su rigor en el trabajo y por el tipo de resultado formal, se identifica con un perfecto comerciante: es seguro, templado, sensato, incapaz de demostrar esfuerzo o dificultad. Su gravedad literaria equivale a un sistema moral para controlar el abismo inminente. Pero, la tensión lo quiebra, llevándolo a la muerte. El cuestionamiento que introduce el autor es cuál de los modos de vida es más saludable: el orden superficial y normativo de la existencia o la expresión de la libertad. El primero lo ha

dejado agotado y lo ha conducido a Venecia, una ciudad que tiene voluntad propia.

La enfermedad en la novela se muestra en dos planos, en el espacial y en el humano; por un lado, el avance de la peste, motivo literario asociado a la culpa y la caída, que va cercando la ciudad y genera un ambiente de extraña voluptuosidad; la proximidad de la muerte –consecuencia profana de la enfermedad- invita al protagonista. En el plano humano, la enfermedad muestra el deterioro del profesor, envejecimiento, sed, fiebre, debilidad, descomposición de la voluntad en decisiones contradictorias e irracionales. La relación con el avance de la enfermedad es concesiva; hay conciencia de peligro y natural convivencia entre las personas y espacios contaminados. El protagonista se siente bien con el avance de la plaga que aterra y despuebla Venecia; la acepta, mantiene sus rutinas y crea literariamente de modo superior a como lo ha hecho hasta entonces.

La enfermedad es vía de comunicación del espíritu dionisiaco; la peste, que inicia como una invitación al aislamiento, arrasa con todo lo falso y promueve una toma de conciencia absoluta, sin retorno; el desenlace solo deja la nada en pie, un signo de necesaria preparación para el resurgimiento.

En *La montaña mágica* (1924) la dupla salud-enfermedad es dominante y su significado, invertido (Montiel Llorente, 2006). Europa y su modo de pensar suponen la salud, el estatus aceptado y conveniente de preservar, mientras que el sanatorio de la montaña sirve

como refugio de los enfermos, excluidos y discrepantes. La dicotomía acerca de quiénes postulan los valores culturales genuinos recorre las páginas de la novela, tejiendo la trama. El orden burgués sostiene las estructuras de vida, pero deja ver fisuras, en apariencia insignificantes –manchas en el pulmón- asociadas con la respiración, el hálito espiritual por donde se irá la vida. Así como la planicie funciona racionalmente, la altura marea, confunde y sorprende. La enfermedad espera arriba aún a los que ascienden sanos, como Hans Castorp, y piensan que pueden controlar las fuerzas dionisiacas de su interior. La enfermedad entra en el cuerpo, actúa y no responde lógicamente a los tratamientos, como si tomara decisiones propias; su avance, aunque acabe con la vida mortal, sin embargo, tiene un alcance salvífico, porque los afectados pasan a un nivel de vida distinto. No se expone un supuesto sobrenatural, de promesa religiosa, sin embargo, tiene que ver con el cumplimiento de otros fines posibles para el hombre que los meramente impuestos por la sociedad burguesa. El concepto está próximo a la idea de liberación antes que de salvación, por eso el sueño, el inconsciente, la indagación en prácticas de conocimiento fronterizas y no científicas son campos legítimos de experimentación. Como en *Muerte en Venecia*, la enfermedad despierta una dimensión erótica que debe asumirse como elemento previo para resolver las dicotomías.

El protagonista de *Doctor Faustus* (1947), Adrián Leverkühn, encarna la negación de la ética burguesa señalando el carácter falso

de toda obra de arte surgida en el seno de esa concepción (Lukács, 1969); asume de modo rotundo la vocación musical, signo supremo de liberación, resistente a las formas impuestas. La música y la enfermedad operan juntas (Rohr Scaf, 1998), como las jaquecas, que lo torturan a lo largo de su vida, recordando que después del gozo aguarda la condena. El motivo del pacto con el diablo, que otorga al artista condiciones ilimitadas, se justifica por su enloquecida pasión de engendrar una obra que no tenga parangón en el mundo vulgar. El músico conoce el riesgo y lo encara aceptando una gracia dilatada durante veinticuatro años al precio de la prohibición del amor. La enfermedad que lo consume impide dar sentido intersubjetivo a su obra y expresa, además de su destrucción, el nihilismo de época. La novela se publica luego del fin de la guerra mundial y evidencia tanto fracaso como desesperanza; la civilización europea ha descentrado la vida y las obras enfermando el tiempo histórico. Mann escribe ese mismo año el ensayo *La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia*, en el cual sitúa la grieta entre estética y ética, ideales conjuntados en el mundo clásico, como causa de la ruptura de nuestra tradición; si la correlación belleza-verdad se conciben autónomas, la obra humana se vuelve producto pragmático de valor inmanente.

La enfermedad en *Doktor Faustus* es inductora para el camino del protagonista, implica voluntad de salir de los límites de la salud social, indagar en las posibilidades del misterio del mundo y del espíritu, contando con

su imposibilidad de retorno. El músico busca la contaminación con Esmeralda, la prostituta que tiene nombre de piedra preciosa; así, la sífilis irá consumiendo su sistema nervioso, otorgándole momentos de súbita lucidez como alteraciones de personalidad y estados de desesperación creciente. La enfermedad es buscada como liberadora, mediadora entre espacios de luz y oscuridad. Los episodios de euforia asociados a la inspiración le permiten extraordinaria creatividad; pero, para Mann, esos logros se deben a otra contaminación, la de su espíritu en pacto con el diablo. El autor corporiza la voluntad de poder en las espiroquetas, ambos dentro de la alegoría nietzscheana que encarna el músico.

Enfermedad, expresión y vida

En líneas generales, los relatos de Mann coinciden en exponer que la época histórica da signos de agotamiento, pues sus modos culturales, tanto religiosos como científicos cumplen con necesidades inmanentes, pero no dan cuenta de las exigencias humanas profundas. Como medida, sus protagonistas, que pertenecen al mundo tal como está dado, se distancian voluntaria y conscientemente de él en busca de hacer lo deseado, aunque el deseo sea confuso. Ese movimiento está representado en clave mítica por el ímpetu dionisiaco que los lleva a desvíos de la norma desde la mirada establecida; al mismo tiempo, representa un atajo para el desarrollo y la expresión personal, que se expandirá a través del lenguaje artístico, especialmente de la música. El protagonista, llevado por fuerzas ocultas que no controla y le impiden ser normalmente feliz, sin embargo se

siente seguro, no retrocede, aunque sabe que el riesgo es el sufrimiento y la soledad y, finalmente, un modo de morir que quedará incomprendido para los demás. El avance e intensificación del sufrimiento aíslan al individuo en su subjetividad, que no puede trascender más allá de sí, y el alma cede ante el sufrimiento: el hombre se desespera (Choza, 2011, p. 185). Tal estado afectivo, retrotraído sobre el yo, no es natural, pues lo propio de la vida es trascender a través de la capacidad de conocer y de sentir; ese estado constituye un mal que debe sanarse para que la existencia no se conciba como pura negatividad (Millán Puelles, 1967, pp. 346–363).

Los jóvenes son los emblemas del mensaje y, por ello, portan la enfermedad: Hanno en *Los Buddenbrook*, Tonio en *Tonio Kröger*, Gabriela en *Tristán*, Tazio en *Muerte en Venecia*, Hans en *La montaña mágica*, Eco, en *Doktor Faustus*; todos poseen una belleza extraña, indefensa, que denota imposibilidad de duración. Así como es extraordinaria, también está marcada por el signo del fin, los dientes amarillos, la languidez, la indisciplina, imágenes de una desintegración que avanza. La belleza antes del fin es completamente subyugante y no puede ser resistida por el que huye del estatuto burgués. A su vez, la llamada a desaparecer del mundo físico es certeza de permanencia en otro orden.

La enfermedad se presenta tímida e imperceptiblemente; mientras avanza, es interpretada según la visión del mundo de cada uno: el racionalista ve datos y aplica la lógica tratando de abordar con curaciones y

confianza; el tiempo es un factor crucial, porque funciona superficialmente, como necesaria espera de los procesos y es la demora que permite que la enfermedad transforme metafísicamente al paciente. La mal excluye de la vida rutinaria y facilita la interiorización, como vía de silencio personal propicia para el autoconocimiento; la enfermedad permite el distanciamiento del cuerpo contaminado, induce a una cierta desmaterialización - entendiendo que en la materia quedan las rémoras de la contingencia- e induce a pensar que nuestra naturaleza, además de la andadura material, tiene una sustancia que no acepta el fin. Finalmente, la enfermedad, en tanto frontera con la muerte, relativiza los valores profanos. Mann no pronuncia un mensaje religioso escatológico, pero afirma que la belleza como conductora en el mundo no puede ser solo inmanente. Los síntomas, que son dato funcional para el médico, son dato simbólico para el intérprete, expresión del secreto que porta la enfermedad.

Distinguimos dos acepciones de la enfermedad que el autor intercala en sus obras.

Una negativa, que literalmente señala el mal social: la decadencia de los valores occidentales es un padecimiento cuya causa es la moral burguesa y cuyos síntomas son los hombres que, al decir de *Los Buddenbrook*, “rezan, trabajan y ahorran”. Esa enfermedad solo la detectan, manifestada en tensión trágica, los protagonistas sensibles que advierten su banalidad, sufren y no pueden pactar. Gracias a ellos se revela el segundo sentido de la enfermedad, el que es original y aquí nos

interesa: la expresión de la anárquica libertad de espíritu contrapuesta a la contención de superficie. Es el mal simbólico, erótico en tanto conductor del deseo de lo material hacia lo trascendente. Es finalmente positivo porque produce la liberación del elegido que quedará como testimonio de discordia.

Estar enfermo en las ficciones de Mann es estar lúcido. Contrariamente, la salud es entendida como una disminución de los sentidos, como un pacto con la mediocridad medioambiental y, entonces, como complicidad hacia lo más espurio de la cultura. Quien recibe la enfermedad es un elegido, se salva a sí mismo y puede salvar también al espíritu gemelo capaz de percibir su mensaje y misión.

Las asignaciones de la enfermedad están al servicio de la afirmación integral del autor: el arte como movimiento del espíritu y la vida como producción de resultados se repelen; el concepto de muerte supera la idea de finitud correspondiente a la cultura en la que está inserto (Da Silva Machado et al., 2016, p. 93) para significar el destino al que conduce la belleza.

De la ficción a la experiencia vital

Humanizar los distintos ámbitos de interacción es una asignatura pendiente para restaurar el legado moderno. Los conceptos de empatía e inclusión que inundan el vocabulario común deben convertirse en prácticas reales. La tecnología sigue su ritmo propio y se aplica a corregir las deficiencias de la naturaleza, pero el tratamiento de una persona en situación de

vulnerabilidad no se agota con ella. Un posible enriquecimiento del terapeuta puede pasar por el conocimiento y la comunicación de relatos en los cuales las experiencias de padecimiento tengan una interpretación más vasta y significativa que la fenoménica. Los eventos existenciales convertidos en interrogantes se transforman en el mundo interior del artista y en la conciencia del lector, donde se unen padecimiento y significado (Soto Núñez, 2017, p. 45).

La reflexión que ha generado una conciencia subjetiva no queda solo en la dimensión del individuo, sino que universaliza las preguntas: ¿Qué y por qué pasa algo que indefectiblemente implica sufrimiento y declinación?, no puede ser una inquietud respondida solo en perspectiva materialista y tecnológica. La vida supone su misma transcendencia, su propia voluntad de sentido. Si el dolor es dato natural de la contingencia, también el sufrimiento que lo acompaña está inserto en las leyes de vida humana. Entre el dolor y la muerte se enmarcan las condiciones del orden natural; no obstante, nuestra compleja racionalidad tiene la capacidad de asumir el sufrimiento como única posibilidad de trascender ese límite (Lewis, 1994).

Un servicio adicional que puede brindar el profesional de la salud o el acompañante terapéutico es proveer al paciente de recursos imaginativos en los cuales confrontar su propia experiencia con procesos paradigmáticos, expresados míticamente por los artistas. Conocer y contrastar puede operar como un paso para la comprensión, que es siempre

material para el consuelo y, si así es preciso, para la superación del conflicto (Siles-González, 2018, p. 10).

En el marco del romanticismo alemán, desde el cual Mann toma estas ideas, el arte no es un ejercicio parcial de un tipo de desocupado o de bohemio, sino una vía de conocimiento del mundo tan legítima como la de las ciencias duras (Goldman, 1988); el artista es un visionario, capaz de ingresar por su intuición en los misterios del universo y volver con una respuesta mucho más esclarecida que la de cualquier estudio positivo. El acceso a ese orden secreto brinda una esperanza mayor sobre las vicisitudes de la existencia de lo que puede ofrecer el científico. Mann, por medio de la psicología de sus protagonistas, anuncia que el lenguaje del arte, que trasmuta la belleza trascendente, es auxilio espiritual.

CONCLUSIONES

Según el enfoque de lectura, describimos constantes en la relación entre enfermedad, autoconocimiento y creación en la novelística de Thomas Mann. Si se pudieran considerar los avatares de sus personajes como lecciones dirigidas a los lectores, bajo la consigna de que el arte ofrece una enseñanza en perspectiva de la naturaleza humana, se ampliaría la visión restringida de la relación salud-enfermedad. La experiencia existencial indica que el paso, naturalmente disruptivo, entre la convención de la salud y el inicio de una enfermedad, produce una revisión, toma de conciencia y de control incluso, de la propia vida, como si la

enfermedad justamente se presentara con intención de despertar a otra historia pendiente.

En tanto los protagonistas de Mann cargan un peso espiritual, su naturaleza física lo reflejará y nada podrá solucionarse con independencia de planos. La oposición fundamental se da entre el concepto de “vida” como reflejo de una moral burguesa que define la acción existencial, conducta sin la cual la sociedad desaparece y entre el concepto de “arte”, pasión que lleva a la libertad, respuesta al eros dionisiaco y principio de renovación (Meyers, 2013, p. 188). El arte es una cierta energía divina que destruye la vida instaurada y propone otra disciplina; su acción conlleva el cambio de la noción de vida –antigua salud- por el de enfermedad- vida restaurada.

Mann propone que la muerte es consecuencia de esa purificación del mundo; no es desamparo, sino anuncio, porque no se goza en la nada, sino que prefigura una posibilidad mejor que la presente. No se trata de una promesa teológica, aunque el autor se inscribe en la tradición del humanismo cristiano, y como neoplatónico acepta la jerarquía del cosmos. En la misma línea, si hay una visión de lo divino, se da por la música, el arte supremo, que es proporción, armonía, abstracción pura. Por eso, la destrucción física de sus protagonistas está precedida por el llamado erótico de la música, que tiene como ningún saber humano un poder de conexión entre los planos mundano y supramundano.

Así como el autor denuncia una perspectiva cosmovisional propia de la

Cultura de los Cuidados

modernidad, que divide y contrapone ámbitos de comprensión en pro de un cientificismo y economicismo infalible, un prejuicio semejante permanece hoy en la sociedad occidental; en nuestra época, que a pesar de su sincretismo sigue rigiéndose por fuertes modelos racionales de orden y funcionalidad, se siente aún la desconfianza de Mann. Así como en términos individuales los personajes pasan de una ficción de verdad a una lucidez misteriosa gracias a la enfermedad, en términos históricos la civilización de la arrogancia racional morirá simbólicamente, de no ser capaz de integrar nuevas certezas.

No obstante, hay perspectivas postmodernas que detectan y combaten esa lateralización: la interdisciplinariedad tiende a ello, aplicando enfoques complementarios de las ciencias humanas y las ciencias naturales. Física, biología y neurociencias formulan cuestiones comunes para reflexionar junto al paradigma religioso, filosófico y artístico.

En la lectura del autor propuesto, podemos encontrar:

- Un camino a través de la percepción de la belleza como espacio de compensación de las trivialidades y obligaciones mundanas.
 - Todas ellas son sugerencias de autorreflexión y, acaso, perspectiva de comprensión de situaciones personales, que pueden transferirse de la realidad ficcional a nuestra época.

BIBLIOGRAFÍA

- Bayon, F. (2006). *Thomas Mann: la última modernidad a la luz de nuestras tragedias*. *Anthropos*, 210, 100-121.
- Bloom, H. (2009). *El canon occidental, La escuela y los libros de todas las épocas*. Barcelona: Anagrama.
- Choza, J. (2011). *Historia de los sentimientos*. Sevilla: Thémata.
- Da Silva Machado, R, De Araujo Lima, L.A., Freitas da Silva, G.R., De Souza Monteiro, C.F. y Rocha, S.S. (2016). Finitude e morte na sociedade ocidental: uma reflexão com foco nos profissionais de saúde. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 20(45), 91-97. doi: <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2016.45.10>
- Durán Quintana, J.A. (2017). *El dolor, duele*. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla.
- Goldman, H. (1988). *Max Weber and Thomas Mann: Calling and the Shaping of the Self*. Berkeley: University of California Press.
- Lewis, C.S. (1994). *El problema del dolor*. Madrid: Rialp
- Lukacs, G. (1969). *Thomas Mann*. Trad. Jacobo Munoz. Barcelona-México: Grijalbo.
- Mann, T. (1951). *Obras completas*. Trad. Juana Moreno de Sosa. Barcelona: José Janés.
- Meyers, J. (2013). Thomas Mann's Artist-Stories. *The Kenyon Review, New Series*, Vol. 35, N° 3 (Summer), pp. 187-203.

- Millán Puelles, A. (1967). *La estructura de la subjetividad*. Madrid: Rialp.
- Montiel Llorente, L (2006). La cura climática en ‘La Montaña Mágica’ de Thomas Mann. *Balnea, Establecimientos balnearios: Historia, Literatura y Medicina*, Anejo 1, 63-78.
- Rohr Scaff, S. von (1998). *History, Myth, and Music: Thomas Mann’s Timely Fiction*. Columbia, S.C.: Camden House.
- Siles-González, J. (2018). La humanización del cuidado a través de las narrativas y la poesía como producto de la investigación aplicada. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 22 (52). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2018.52.01>
- Sombart, W. (1993). *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid: Alianza.
- Soto Núñez, C.A., & Vargas Celis, I.E. (2017). La Fenomenología de Husserl y Heidegger. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 21(48). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2017.48.05>

